UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ARTHUR

Habitaba yo, hace algunos años, un cuartito en los Campos Elíseos, en el pasaje de *Douze-Maisons*. Figúrense Vds. un rincón de cualquier barrio solitario, situado en medio de esas inmensas calles aristocráticas, tan frías, tan tranquilas, que no parece sino que por allí solamente se transita en carruaje. No sé qué capricho de propietario, qué monomanía de avaro ó de viejo dejaba subsistir en el corazón mismo de un distrito

hermoso aquellos terrenos yermos, aquellos jardinillos enmohecidos, aquellas casas bajas, mal construidas, con las escaleras al exterior y azoteas de madera llenas de ropas tendidas á secar, de jaulas de conejos, de gatos flacuchos, de cuervos domesticados. Había allí familias de obreros, de rentistas de menor cuantía, algún artista—de éstos hay siempre donde quedan árboles —y, por último, dos ó tres cuartos amueblados, de aspecto desagradable y como ensuciados por generaciones de miserias.

En los alrededores, el esplendor y el bullicio de los Campos Elíseos; el rodar incesante de los coches; el choque de arneses y el ruido de pasos animados; las puertas cocheras cerrándose ruidosamente; notas de pianos; los violines de Mabille; un

horizonte de inmensos palacios silenciosos, con los ángulos redondeados, con sus cristales matizados por cortinas de seda clara y sus elevados espejos sin azogue, por donde suben los dorados de los candelabros y las flores raras de las jardineras...

Esta calleja de *Douze-Maisons,* alumbrada únicamente por un farolillo colocado en un extremo, venía á ser como el bastidor de la decoración que la rodeaba. Todo lo que estaba de sobra en medio de aquel lujo iba á refugiarse allí: galones de libreas, disfraces de payaso, una *bohemia* de palafreneros ingleses, de amazonas del circo, el coche de los borregos, el teatrillo *Guignol,* y á más de todo esto, tribus de ciegos que regresaban por la tarde cargados de acordeones y

violines. Uno de esos ciegos se casó durante mi permanencia en aquella casa. Esta boda nos valió, durante toda la noche, un concierto fantástico de clarinetes, oboes, organillos y acordeones, en que se veía perfectamente desfilar todos los puentes de París con sus respectivas y distintas salmodias. Esto no obstante, el pasaje era de ordinario muy tranquilo. Aquellos vagabundos de la calle no tornaban hasta algo entrada la noche, ¡y tan cansados! Allí no había ruido sino el sábado, cuando cobraba Arthur su jornal de la semana.

El susodicho Arthur era mi vecino. Una pared demasiado corta, á la que se había agregado para prolongarla una empalizada, era la única separación que existía entre mi cuarto y el gabinete amueblado

que ocupaban Arthur y su mujer. De este modo, y muy á pesar mío, la vida de los vecinos venía á mezclarse con mi vida, y yo tenía que oir todos los sábados, sin perder absolutamente una palabra, el horrible drama, muy parisiense, que se representaba en aquel hogar de obreros. La función comenzaba siempre de la misma manera. La mujer preparaba la comida; los hijos daban vueltas en derredor de la madre. Esta les hablaba en voz baja y proseguía su faena. Las siete, las ocho, nadie... A medida que transcurría el tiempo, su voz cambiaba, vertía lágrimas, poníase nerviosa. Los chicos tenían hambre, sueño; principiaban á refunfuñar. El hombre nunca llegaba. Se comía sin él. Después, acostada y dormida la familia menuda, la pobre mujer salía

á su balcón de madera, y la oía yo decir, en voz baja y entre sollozos:

«¡Oh, canalla, canalla!»

Los vecinos que volvían á casa la encontraban allí. Todos la compadecían.

—Vaya V. á descansar ya, señora Arthur; ya sabe V. que no ha de volver hoy, es día de jornal.

Y los consejos de las vecinas:

—Yo de V., ¿sabe V. lo que hacía?... ¿Por qué no se lo dice V. á su principal?

Estas muestras de compasión sólo conseguían que llorase más; pero perseveraba en su esperanza, y seguía aguardando; allí permanecía completamente enervada; cuando las puertas se cerraban y el pasaje quedaba silencioso, la pobre mujer, considerándose completamente sola, continuaba apoyada de codos en el

balcón, recogida en un pensamiento fijo, contándose á sí misma sus tristezas, con ese descuido peculiar de la gente del pueblo que tiene siempre la mitad de su existencia en la calle. Los alquileres de la casa se debían; los proveedores de comestibles la atormentaban; el panadero se negaba ya á dar el pan... ¿Cómo se arreglaría si su marido volvía á casa sin dinero? Al fin, el cansancio de estar en acecho, de escuchar las pisadas torpes de algún transeunte, de contar las horas, se apoderaba de ella y la vencía. La infeliz entraba en su cuarto; pero mucho tiempo después, cuando creía yo que aquello estaba ya terminado, sonaba muy cerca de mí, en la galería, una tos. Todavía estaba allí la pobre mujer, sostenida por la inquietud, desojándose

para mirar al fondo de aquella callejuela oscura, y no viendo en él más que sus angustias.

Hacia la una ó las dos, á las veces más tarde aún, se oía cantar en el extremo del pasaje. Era Arthur que volvía. Casi siempre se hacía acompañar; traía arrastrado á un camarada hasta la puerta: «Ven..., ven...»; y aun allí mismo se detenía un buen rato; no podía resolverse á entrar, presumiendo lo que en su casa le esperaba. Al subir la escalera, el silencio de la casa dormida que le devolvía el eco de sus pasos torpes, le molestaba como un remordimiento. Hablaba solo en voz alta delante de cada habitación. «Buenas noches, *señá* Weber...; buenas noches, *señá* Mathieu»; y si no le respondían, desatábase en injurias y denuestos, hasta que todas las puertas y todas las ventanas se abrían para enviarle mil maldiciones. Esto era precisamente lo que él quería; tenía un vino batallador, y gustaba del ruido y de las disputas. Además, con eso se enardecía, se encolerizaba y le causaba así menos miedo la entrada en su casa.

Esa entrada era ciertamente espantosa.

—Abre; soy yo.

Oía yo entonces los piés desnudos de la mujer pisando sobre el entarimado, el frotar de los fósforos, el hombre que al entrar procuraba medio balbucir una historia, la misma siempre: los compañeros, un compromiso. «Chose, ya le conoces...; Chose, el que trabaja en el ferrocarril.»

—¿Y el dinero?

—Ya no tengo—contestaba la voz de Arthur.

—Es mentira.

Era mentira efectivamente. Aun en medio de los extravíos de su embriaguez, se reservaba siempre algunos céntimos, pensando por anticipado en la sed del lunes; y este residuo de su jornal era lo que su mujer pretendía arrancarle. Arthur se defendía.

—Cuando te digo que me lo he bebido todo—gritaba él.—Su mujer, sin responderle, le agarraba con toda la fuerza de su indignación, con todos sus nervios; le sacudía, le registraba, volvíale los bolsillos. Al cabo de un rato oía yo el sonido del dinero que rodaba por el pavimento; la mujer se echaba sobre esas monedas, diciendo con una risa de triunfo:

—¡Ah! ¿Lo ves?

Después, un juramento horrible y golpes sordos... Era el borracho que se vengaba. Ya puesto á pegar, no se detenía. Todo lo que hay de perverso y de destructor en ese horrible vino de las barreras, subíasele á la cabeza y pugnaba por salir. Chillaba la mujer, los últimos muebles de la habitación volaban en pedazos, los muchachos, despertándose sobresaltados, lloraban de miedo. En el pasaje, todas las ventanas se abrían. Y decían todos los vecinos:

—¡Es Arthur! ¡Es Arthur!

Algunas veces, el suegro, un trapero ya muy anciano que habitaba en el cuarto amueblado próximo á éste, llegaba en socorro de su hija; pero Arthur se encerraba por dentro con llave para no ser interrum-

pido en su operación. Entonces, á través de la cerradura, se entablaba entre suegro y yerno un edificante diálogo, en el cual nos enterábamos de cosas muy agradables.

—¿Es decir, pedazo de ladrón, que no tienes bastante con tus dos años de presidio?—gritaba el viejo.

Y el borracho contestaba con cierto aire de altanería:

—Es verdad, he cumplido dos años de presidio. Y ¿qué tenemos? Por lo menos, yo he pagado mi deuda á la sociedad. Procura tú pagar la tuya.

Esto le parecía sencillísimo y claro: he robado, me habéis tenido en presidio; pues estamos en paz. Pero á veces también, cuando el viejo insistía demasiado, impacientándose Arthur, abría la puerta, se precipitaba sobre el suegro, y sobre

la suegra, y sobre los vecinos, y á todos les pegaba, como *Polichinela*.

Y, sin embargo, no era un mal hombre; muy á menudo sucedía que el domingo, al día siguiente de una de esas matanzas, el borracho, tranquilo y apaciguado ya, sin un céntimo para ir á beber, pasaba todo el día en su casa. Se sacaban las sillas de los cuartos. Instalábanse en la azotea la señora Weber, la señora Mathieu, toda la vecindad, y se charlaba. Arthur se hacía el amable, y hasta picaba en ingenioso. Adoptaba para hablar una voz clara, dulzona, declamaba trozos de ideas que había recogido por distintas partes sobre los derechos del obrero y la tiranía del capital. Su pobre mujer, enternecida por los golpes de la víspera, le contemplaba con admiración; y no era sola.

—Este Arthur, si él quisiera...—murmuraba la señora Weber suspirando.—Entonces las señoras le hacían cantar. Arthur cantaba *Las Golondrinas* de M. de *Belanger*. ¡Oh! ¡Aquella voz de gola, llena de falsos sollozos, del sentimentalismo estúpido del obrero! En aquel terrado enmohecido, lleno de andrajos puestos al sol, que apenas dejaban pasar un trozo de color azul por entre las cuerdas, toda aquella gente, sedienta de un ideal á su modo, levantaba al cielo sus ojos humedecidos.

Todo lo cual no era incompatible con que el sábado siguiente Arthur se bebiese el jornal y apalease á su mujer; ni con que tuviese en aquel tabuco un montón de Arthurillos que solamente esperaban á tener la edad de su padre para beberse tam-

bién sus jornales y pegar á sus mujeres.

¡Y esta es la raza que pretende gobernar el mundo! ¡Ah! ¡Maldecidos!, como dirían mis vecinas del pasaje.